

su corona, que su sonrisa es la aprobación de vuestros trabajos y os extiende la mano como para protegeros y bendeciros y también para auxiliarnos en vuestras caídas con los sabios consejos aquí aprendidos.

La cruz de Calatrava que habéis ostentado sobre el pecho enlaza dos símbolos y dos esperanzas, pues indica que os habéis hecho partícipes de las glorias de este colegio y que guardáis en el corazón, sobre el que lo habéis llevado, las enseñanzas y altos ejemplos aquí recibidos; y dice esperanzas porque os impone el compromiso de hacer lo que han hecho los que antes lo llevaron, por la prosperidad de Colombia y la gloria del colegio.

Y si, como es costumbre, entre vosotros están los futuros letrados, poetas y sabios, ilustradores de la república,—como os manda fray Cristóbal que seais—y los futuros conductores de mi patria, yo os saludo con respeto y os anticipo el testimonio de mi agradecimiento por el bien que hagáis a la República y a la Iglesia, que ya están esperando vuestros servicios.

JOSÉ EUSEBIO RICAURTE, M. A.
presbítero

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

A través de la vieja Santafé.

Hay un grupo de sacerdotes jóvenes que guarda el fuego sagrado del amor a las humanidades, a los estudios clásicos, a la buena literatura. En él sobresale el doctor José Alejandro Bermúdez, distinguido orador sagrado, profesor de la Facultad de Derecho, autor, en asocio de otro eminente sacerdote joven, el doctor José]

Vicente Castro, de unas doctas *Lecciones de derecho eclesiástico*, que sirven de texto universitario; y cultivador, en sus breves ratos de descanso, de los estudios históricos. Publica una interesante revista ilustrada, titulada *Lecturas*, y allí fueron saliendo, para solaz del selecto público femenino, a quien esa publicación está especialmente destinada, los artículos que ahora ha reunido en volumen, con el título de *A través de la antigua Santafé*.

Pertenece este libro a una clase de obras muy simpáticas y que cuentan con un público muy selecto, el que todavía se interesa por las cosas referentes a la antigua Santafé, a la ciudad señorial de la cual van quedando ya tan pocos rastros. En la sociedad de hoy se marcan dos agrupaciones diversas: la de las familias, ya nativas, ya venidas de fuera pero arraigadas de tiempo atrás en nuestro suelo, formadas todas al calor de nobilísimas ideas, tradiciones y costumbres; y la de las gentes de negocios, para quienes el pasado no existe, los recuerdos son objeto de desdén, y las cosas se aprecian, no por lo que representaron en otra época, sino por lo que son ahora, como materia vendible y explotable. Hay, por último, el tipo del *snob*, que se considera como extranjero en su tierra y que juzga que sólo por un error de la naturaleza nació aquí y no en Nueva York o en Londres.

El doctor Bermúdez pertenece a la primera categoría, por su familia, por los entronques de ella con personajes ilustres de nuestra historia, por el medio en que se formó y por el género de vida que lleva. A nadie ha de sorprenderle que él viva en uno de los barrios de la ciudad que han conservado mejor su aspecto tradicional; que en su salón luzcan muebles y obras de talla, de los que fueron gala de nuestros abuelos, y que

en su cuarto de estudio abunden los pergaminos y las ediciones raras, que sólo los bibliógrafos saben estimar.

El doctor Bermúdez no ha necesitado ir a los archivos para aprender muchas de las cosas que relata en su libro: las oyó en su casa, de boca de respetables ancianos o de damas distinguidas, que a su vez las habían recogido de otra generación más lejana. Por eso relata él las crónicas antiguas con cariño; con esa emoción que nos inspira lo que está enlazado con los recuerdos de la niñez, con las dulces impresiones del hogar. Todo ello parece formar parte de nuestra vida.

No obedece este libro a un plan metódico, como que se compone de artículos de diversa extensión e importancia, escritos en diferentes épocas; pero aun así, guardan estos fragmentarios escritos cierta unidad de propósito, que ha permitido formar con ellos, no una miscelánea, sino un verdadero libro.

Nos pinta el doctor Bermúdez la fisonomía peculiar de la antigua Santafé: las funciones de semana santa; las tertulias caseras; las leyendas populares; los terremotos que afligieron a la colonia; las haciendas de la sabana; los sinsabores de uno de los más aristocráticos señores de la sociedad de entonces.... Todo esto lo cuenta el autor en el estilo sencillo, insinuante y gráfico que corresponde a una crónica; y a medida que el lector recorre las páginas, va surgiendo la imagen de la histórica Santafé; ciudad pequeña, pobre y retirada; de la sociedad recogida, culta y religiosa; de una vida entre monástica y legendaria; de apariencias apacibles, pero que de vez en cuando dejaba brotar chispazos, que permitían presumir que aquel pueblo sumiso podía engendrar algún día los colosos de la independencia.

Muchos suspiran por la vida colonial, que indudablemente tiene mucho de poética, columbrada al través

de los siglos; pero los que así piensan sólo ven la parte más seductora y atractiva, limpia de las escorias de la realidad, que ha ido perdiendo con el rodar de los años. Dadas las costumbres de entonces, aun los hechos reales se desarrollan en un ambiente poético, que realza su encanto. Recuérdese el episodio del *Cristo fiador*, de que fue héroe el venerable don Pantaleón Gutiérrez. Es indudable que los vestidos de los caballeros, las galas de las damas, los muebles de los salones, eran más hermosos que los que se usan hoy en día, aun cuando fuesen infinitamente menos cómodos; es indudable también que en las fiestas y ceremonias de corte y aun en los regocijos públicos, había un aparato, una compostura, una majestad, que han desaparecido con nuestras costumbres democráticas. Pero todo eso está muy bien como recuerdo sentimental o como tema de arte; pues nadie pretendería revivir en su totalidad las costumbres de antaño, muchas de ellas incompatibles con el ambiente de libertad en que hoy vivimos; anacrónicas otras, y que murieron con la sociedad de que eran reflejo.

Todo lo pasado tiene cierto prestigio sobre la imaginación, y aparece envuelto en un velo de color de rosa, que esfuma las asperezas e idealiza los contornos. Bien dijo Jorge Manrique, en su elegía inmortal, que a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor. Esto se ha repetido en todos los siglos, porque la humanidad ha soñado siempre con una edad de oro, reminiscencia confusa del paraíso terrenal; y quiere desprenderse de las cadenas de la realidad, trasladándose con la fantasía a esa región misteriosa, a esa época indefinida, en que los hombres vivían en el seno de una no turbada felicidad.

Esas cosas pretéritas tienen además, para nosotros, el atractivo del contraste. Después de un día de ajetreo

en nuestras calles, en donde ya se advierte la pugna de la creciente población por romper las estrecheces en que está aprisionado el tráfico; después de leer carteles en que se presagian catástrofes o se denigra al prójimo; después de haber soportado la desacorde música de los numerosos vehículos que quieren precipitarse a un tiempo por las angostas vías que sólo sintieron en otro tiempo las pesadas ruedas de la carroza del virrey; es muy agradable abrir el libro del doctor Bermúdez y leer la sabrosa descripción de la vida santaferña, apacible y monótona, cuando ningún ruido turbaba la quietud de las calles a la hora de la siesta; cuando en lugar de las estridentes sirenas de los automóviles sólo se oía el roznar de algún asno melancólico; cuando en los paseos nocturnos había más peligro por causa de la soledad que por la afluencia de gentes.

Existe la tendencia a juzgar de una época por uno solo de sus aspectos realmente simpático y atractivo, de donde resulta una apreciación imperfecta, por exclusiva. Hay quienes aprecian al Bogotá de mediados del siglo pasado por las deliciosas tertulias del *Mosaico*. ¿Quién, en verdad, no daría algo por haber estado presente a una de esas reuniones en que derrochaban gracia benévola y castizo ingenio Vergara y Marroquín, Carrasquilla y Silva, y tantos otros? ¿Quién no querría haber tomado, con esta compañía de discípulos de Baltasar del Alcázar y de Mesonero Romanos, una taza del rico chocolate, cuya apología hizo Vergara en *Las tres tazas*? ¿Quién no consideraría como un privilegio el haber oído leer a sus autores las páginas inéditas de la *Manuela* o de la *María*? Si todo en esa época hubiera correspondido a manifestación tan exquisita y deleitosa de cultura intelectual, dichosos hubieran podido llamarse los bogotanos de entonces. Pero no hay que olvidar

que los asistentes a esas encantadoras reuniones salían de allí a las calles de una ciudad a oscuras, por cuyo centro corrían inmundos caños; y al través de las cuales no circulaba vehículo ninguno. Se vivía, en el siglo pasado, bajo el temor constante de las revoluciones. Momentos hubo de tan grande descomposición política y moral, que a la sombra de ella pudieron realizarse algunos de los hechos que relata el doctor Bermúdez: el destierro del más grande de nuestros arzobispos por haber reclamado contra leyes inicuas dadas por un congreso que pretendió convertirse en concilio, herético, por supuesto; la aparición de la banda de ladrones de Russi, que atemorizaron a la ciudad y que se instalaban, como dueños, en las casas más centrales; y la persecución de un mandatario legítimo, el incorruptible don Ignacio Gutiérrez, por un dictador ensoberbecido, que pretendía fusilarlo por el delito de ser depositario, puramente nominal, de una autoridad despedazada por la fuerza. Leamos con cariño y admiración *El Mosaico*, pero démonos por bien servidos de vivir al amparo de la paz y del orden, conquistados con tantos sacrificios.

Uno de los más sentidos artículos del libro es el titulado *Yerbabuena*, nombre que no puede olvidarse en nuestros fastos literarios; allí se escribieron *La perrilla* y *El moro*, dos joyas de nuestras letras. Ese artículo nos da idea de lo que fueron las haciendas de la sabana, en poder de sus linajudos poseedores: santuarios del hogar, de la hidalguía, y en ocasiones de las buenas letras. Hoy, en casi todas esas vetustas casonas se albergan otras familias, que no dan importancia a los escudos de armas grabados en las puertas, ni a los pergaminos que aún se guardan en los viejos arcones; pero que trabajan los campos con una austeridad y un brío desconocidos para los apáticos santaferños. *Yerbabuena*

aún pertenece a la familia de Marroquín, uno de cuyos miembros, el autor de *Pax*, pintó muy bien este vencimiento de la tradición señorial, de la nobleza empobrecida, por el influjo inexorable de la riqueza, en el lindo capítulo titulado *Las rosas de Castilla*.

Ojalá se publiquen muchos libros como el del doctor Bermúdez, porque nos dan a conocer lo que fuimos; mantienen fresco el recuerdo de nuestras tradiciones; avivan la afición al estudio de los archivos, y conservan a nuestras letras un aire distinguido y aristocrático. Para comprender y sentir esas cosas conviene ser un hidalgo bogotano, como José Alejandro Bermúdez; no las entenderá jamás lo que ahora llaman un *arrivista*, vocablo tan feo como la cosa que con él pretende calificarse.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Pasando el rato.

En las últimas vacaciones estuvimos *pasando el rato* con el volumen reciente del señor Tomás Rueda Vargas. En periódicos y revistas habíamos conocido casi todos los artículos que forman el libro; pero ellos admiten segunda lectura y vencen los peligros de la colección. Son flores arrancadas de sus tallos y que no se marchitaron al juntarlas para formar un ramillete.

—¿Quién es don Tomás Rueda Vargas?

No hará esta pregunta ningún bogotano antiguo ni moderno, ni aun persona de fuera que haya residido siquiera un semestre en la capital de la república, ni el que haya seguido atento la marcha de la instrucción pública en Bogotá, ni el aficionado a escritos amenos y elegantes. Pero como el lector de estas líneas puede

no pertenecer a las categorías mencionadas, le diremos que en el libro de que se trata hallará casi todos los datos sobre la persona del autor: sus abuelos, sus padres, su esposa, la casa en que nació, la educación primera, sus creencias, opiniones y gustos, y las raras, breves y cortas excursiones fuera de la ciudad de Quesada.

No imagine quien haya leído el párrafo anterior que don Tomás Rueda se halle aquejado del ridículo pecado de la vanidad. Precisamente uno de los defectos que sus amigos le censuran es la excesiva modestia que, por pasar los límites de lo razonable, se ha trocado de virtud en vicio. Nadie rehuye como nuestro autor el construir oraciones con el pronombre de primera persona de sujeto. Pero el libro es una colección de recuerdos, y la memoria es fenómeno subjetivo que no puede separarse del hombre en que reside.

Siempre que el señor Rueda habla de sí mismo lo hace para burlarse delicadamente de su persona, de sus procederes y andanzas. Mas, así como en los autoelogios se alcanza a transparentar lo insignificante de quien se los tributa, aquí, a través del desprecio con que don Tomás se trata, se adivinan sus calidades superiores.

El autor, en varios de los capítulos, se declara liberal, *non par droit de conquête mais par droit de naissance*. Excusa no pedida...

Cuentan los viejos que, a principios de 1885, los conservadores de Bogotá determinaron hacerle una manifestación de simpatía al doctor Núñez, presidente de la república. Desfilaron, en dirección al palacio de San Carlos, más de trescientos caballeros, de a dos en dos, en sepulcral silencio, con gravedad académica, levita negra y sombrero de copa. Don Diego Fallon, que ignoraba prácticamente la noción del tiempo y solía llegar

a las citas media hora antes o después del momento señalado, venía rápidamente por una de las calles laterales a incorporarse en el cortejo. En la esquina, topó con el doctor Januario Salgar, quien le preguntó:

—¿De quién es el entierro?

—Del partido liberal, pero la familia no lo sabe.

Don Tomás Rueda Vargas aparece en su libro como un perfectísimo conservador, pero él no lo sabe.

En todo el mundo se entiende por conservador un hombre respetuoso y obediente al principio de autoridad; que desea que el progreso no reemplace a la tradición, sino se agregue a ella; que se conserven los caracteres fundamentales de la nacionalidad, los edificios y monumentos antiguos valiosos por la historia o por el arte; que no se pierdan las sanas costumbres heredadas de los mayores; que se guarde la religión aprendida de los maternos labios. Por eso los conservadores turcos son los más irreductibles mahometanos; los torres ingleses, los defensores de los fueros anglicanos, y en los países católicos, los conservadores reclaman, de parte del estado, respeto y discreta protección para la Iglesia romana.

El señor Rueda Vargas es de los que creen que se puede viajar en ferrocarril y en hidroavión sin perder la tradicional cultura bogotana; que se deben introducir los métodos pedagógicos más recientes sin apostar de la fe cristiana: que un domingo de diciembre se puede jugar tennis por la mañana y asistir a la novena del Niño Dios por la noche. A aquél que ha implantado en el Gimnasio Moderno las últimas novedades didácticas se le siente la nostalgia de la vieja Santafé de Bogotá.

Los artículos para pasar el rato están impregnados de la genuina sal bogotana, la que no consiste en

rudas hipérboles, sino en delicados contrastes; la que no tiene marca de fábrica; la que no provoca una carcajada sino apenas una leve sonrisa en el lector o en el oyente; la que no se puede repetir, porque fuera de su ocasión y de los labios o de la pluma de su autor se desvanece. No se le deben arrancar los ojos a un cucuy para que brillen después sobre una mesa.

Atrás dijimos que el estilo del señor Rueda Vargas es elegante, lo que vale afirmar que es sobrio. La elegancia consiste en la belleza con la menor cantidad posible de materia. La cerviz de un toro miura es hermosa pero no elegante: elegante y bello es el cuello del cisne. El lenguaje de nuestro autor es limpio y correcto, sin importunos arcaísmos. Las palabras y frases viejas robadas a los clásicos son un primor cuando las engasta en frase moderna el talento soberano de un Miguel Antonio Caro, de un Juan Valera, de un Marco Fidel Suárez; pero son insoportables cuando se introducen sin discernimiento ni gusto. Creemos, eso sí, que algunos términos del señor Rueda serán arcaicos antes de veinte años, si la transformación a que estamos asistiendo no se pára; y acaso algún Rodríguez Marín criollo tendrá que explicarnos qué cosa era la ruana y qué comida era el ajiaco; así como ahora se nos enseña lo que eran las calzas de velludo y los duelos y quebrantos.

En suma: nos atrevemos a aconsejar al discreto lector que pase el rato leyendo el libro de don Tomás Rueda Vargas.

J. B. R.

